



VOL: AÑO 8, NUMERO 23

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1993

TEMA: LAS SOCIOLOGIAS ESPECIALIZADAS: Un estado de la cuestión

TITULO: **La sociología y sus campos de especialización**

AUTOR: *Ricardo Torres* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Más que versar sobre una especialidad concreta de la sociología, el artículo identifica algunos de los procesos por los que atraviesan tanto ella como sus campos especializados. Estos procesos han incidido en dos niveles: en el quehacer profesional y en la sociología misma como área de conocimiento. Asimismo, se tiene la pretensión de coadyuvar en la recuperación de la actitud reflexiva y crítica, al poner en evidencia las transmisiones estandarizadas del conocimiento y las experiencias no asumidas por el interesado en la sociología.

ABSTRACT:

Sociology and its Specialized Fields.

This article identifies some of the processes in which sociology goes through, as well as its specialized fields. These processes have affected two levels: professional task and sociology itself as a knowledge area. In this way, the article attempts to contribute to the recovery of the reflective and critical attitude, putting into evidence the standardized knowledge transfers and the experiences which have not been assumed by those interested in sociology.

TEXTO

Introducción

Tratar sobre los campos especializados de la sociología conlleva indisolublemente su multidimensionalidad como profesión, es decir, la experiencia misma del sociólogo, moldeada por cierto por la sociedad.

¿De qué forma se moldea socialmente esa experiencia? ¿Cuáles son los marcos en los que queda circunscrita? En una época en donde el desarrollo y la aplicación racional de la tecnología se han convertido en premisa de modernización para todos los ámbitos de la vida social, la sociología al parecer no escapa de la influencia de aquella. Es decir, si bien es cierto que la supremacía del quehacer sociológico recae en la validación de lo observado o en dar a conocer nuevas observaciones, consideramos que, en esta época en que imperan los dictados de la lógica y de la evidencia (Gouldner, 1973: 444), el quehacer sociológico está siendo inclinado a "vivir al día" y a ligarse a "una imagen cosmológica del mundo, por así decirlo, fisionómicamente según relaciones de semejanza" (Habermas, 1989: 309).

I. Quehacer sociológico

Está en el quehacer sociológico -y ello, en parte, explica la especificidad de los campos de la sociología- el comprender y conocer las formas cambiantes de la voluntad de los hombres, cifrada en intereses esperanzas y valores, reforzando de tal manera la conciencia sobre el lugar que se tiene en la vida social. Conocer nuestra propia experiencia en relación con la vida social (Gouldner, 1973: 446-447) es abrir el vértice del conocimiento sobre algún campo de ella (Habermas, 1989: 289).

La firmeza y la cualidad de este tipo de conocimiento son cristalizadas tanto por sus habilidades metodológicas y técnicas como por su propio sentir y disentir en lo cotidiano, dándole personalidad a su quehacer sociológico; de lo contrario se quedaría en lo crudo del dato empírico. ¿A qué viene este argumento, si cae dentro del deber ser del sociólogo?, podría preguntarse. Precisamente porque lo cotidiano, a la vez que participa en la cristalización del conocimiento, es influido por las relaciones dadas en el ámbito en donde el sociólogo despliega sus habilidades. Esto nos recuerda los dos cuestionamientos iniciales y nos conduce a la reflexión sobre los roles académicos y el orden constituido en el que se halla inmerso, aunque también los referidos a otros ámbitos como el de los aparatos del Estado.

¿En qué medida se puede hablar de la influencia de lo cotidiano sobre el quehacer sociológico? En primer lugar, el sociólogo se enfrenta al estigma de animadversión común; superado éste, accede a los aparatos del Estado, a los despachos mercadológicos, al quehacer académico y de investigación, o en menor medida a los movimientos sociales, por mencionar algunos, o combinando estadías en uno u otro ámbito. Brindaremos sólo algunas consideraciones sobre los ámbitos del sociólogo, concretamente los que llaman nuestra atención: los aparatos del Estado y las universidades.

En la actualidad para nadie es desconocido que uno de los lugares donde han sido radicados el sociólogo experimentado y el no experimentado es el de los objetivos y alcances de la política social del Estado neoliberal, aunque con una actitud "crítica": ayudar a los pobres y desposeídos desde dentro del entramado oficial, dado que ello "facilita" el quehacer del sociólogo. Pero no hace alusión a qué beneficios personales lo mueven a operar desde y para el Estado. Su actividad no va más allá de la promoción de los beneficios que puede reportar la política social si se participa bajo reglas manifiestas y con instrumentos adecuados. ¿No es ello institucionalizar la participación social para controlar? No, para el sociólogo participante es escudriñar las entrañas de ese monstruo llamado Estado, ver cómo funciona su interior para descubrir su órgano vital y acabar con él. No depara en "cómo son elaboradas esas políticas por la matriz establecida del poder y por las élites y clases institucionalmente establecidas" (Gouldner, 1973: 455). De modo que bajo la premisa de modernización "refuerzan e impulsan el inquietante proceso de [...] socialización, es decir de la erección de relaciones de poder en el seno de las interacciones concretas" (Habermas, 1989: 291).

En el ámbito académico, varios son partidarios confesos del cambio social, de la búsqueda del bienestar social, pero ciertamente su actitud se enfila al apoderamiento de un campo especializado en beneficio propio, sino por qué no se ha tratado de reflexionar fehacientemente sobre la relación, no solamente en términos académicos entre la docencia y la investigación, simplemente entre el docente y las inquietudes del estudiante, pues éste las ha visto en ocasiones cercenadas. Esta forma de trasmisión del conocimiento y de la experiencia no implica avanzar sobre la comprensión y el conocimiento de la vida social (por cierto, tampoco se gana prestigio académico). Además, esta actitud caracteriza el mercado de ideas, o de las currículas, en donde se

confrontan los servicios especializados y sus demandantes. Al propio tiempo, se refuerza el mito de la capacitación académica que facilita el ascenso piramidal hacia el privilegio, en donde la premisa de modernización cobra su precio de cientificidad a la sociología; es decir, el saber de lo social se halla circunscrito a los marcos de la certeza y de las coacciones del mercado sobre la universidad, la academia, y "en los cerebros de aquellos que participan en la misma" (Bourdieu, 1988: 191). La rigidez que ello denota desorienta al estudiante y lo subsume en el desconocimiento de áreas concurrentes a la suya, no únicamente las que tienen que ver con disciplinas dentro de las ciencias sociales, sino también con las llamadas básicas.

Tal pareciera que, en el imperio de las especialidades -las que, cabe mencionar no se hallan peleadas con los métodos y las técnicas-, la regla es la exclusión, proscripción y segregación de la imaginación sociológica del estudiante (en lugar de valorizarla), o bien la pretensión de exclusividad o dominio de una perspectiva de investigación. Con esto se quiere decir que hay que "sacar a la luz las reglas de exclusión por las que dentro de los discursos se determina la verdad de los enunciados" (Habermas, 1989: 297).

Ello contribuye irremediamente a la estandarización o bien a la domesticación de la vida intelectual. Tal vez si se diera rienda suelta a esa imaginación podrían "movilizar todos los recursos creativos de que dispone y utilizarse por entero, corresponda o no a los requisitos estandarizados de su rol profesional", pues la conducta no puede estar impulsada por expectativas de rol (Gouldner, 1973: 457). Así podremos comprender que "el sentido en que un enunciado puede ser verdadero o falso no consiste en las condiciones de objetividad de la experiencia, sino en la posibilidad de fundamentaciones argumentativas de pretensiones de validez" (Habermas, 1990: 310).

Esta actitud limitante influye como fuerza socializadora en el futuro sociólogo. ¿En qué sentido? Inhibiendo el rol crítico y reflexivo del estudiante, al limitarle sus propias proyecciones sobre la vida social, especialmente las que tienen que ver con su lugar en ésta. "Más que intentar imponer una perspectiva, de lo que se trataría es de reclamar que cada investigador o grupo de investigadores adopte y/o explicita alguna, despojándose de la pretensión de estudiar las cosas 'tal y como son', sin valores de por medio" (Coraggio, 1992: 150).

Lo anterior coincide con el cuestionamiento que hace Latapí sobre la estandarización de la educación superior vía Tratado de Libre Comercio: "Dónde quedarán aquellas viejas ideas de la universidad como comunidad de académicos en busca de la verdad, espacio de disidencia, compromiso desinteresado con el conocimiento e instancia crítica del acontecer social" (Latapí, 1993:7).

La fuerza orientadora obedece al rol diferenciado entre el docente y el estudiante, y ciertamente al status, es decir, a la mediación de derechos y deberes entre éstos, lo cual nos indica la existencia de normas y de "adaptación(es) y afinamiento(s) de los aparatos que se ocupan de, y ponen bajo vigilancia, la conducta cotidiana de los individuos, su identidad, su actividad..." (Habermas, 1989: 344). Por supuesto, estas normas no guardan un carácter supranatural; su origen está en el ámbito del sociólogo, redimensionan la desigualdad y subrayan la Jerarquía.

II. El orden constituido

¿De qué se trata, por qué la mención de normas? Quizá se trata de una primera apreciación del corporativismo desde el ámbito mismo de la academia, desde la universidad. La validez de este tratamiento radica en que aquella es, como lo menciona Giner, un ente administrativamente estructurado, en donde se "estructura la interacción

social y coordina la conducta de una pluralidad de individuos, convirtiéndose en pivotes del orden" constituido (Giner, 1987a: 106).

Este orden constituido maximiza el cálculo de los beneficios y la expectativa de rol, entreverados con los intereses individuales, [1] por lo que este orden no hace más que "institucionalizar avenidas para la producción del poder, el privilegio y la clase" (Giner, 1987b: 149). Asimismo, este orden constituido se halla inmerso directa o indirectamente en las perspectivas de cambio formuladas desde la corporación oficial, la corporación del poder y su proyecto fincado en la premisa de la modernidad. De ahí que las esperanzas sociales del sociólogo, como simple lego, se yuxtaponen a las habilidades y capacidades, con reconocimiento oficial, que ha logrado, en una especie de inversión a microescala para su valorización y, por qué no, sobrevivencia y conformación de capital curricular que se traduzca en asignación de privilegios (Zaid, 1988: 47). "Es hoy la corporación la que determina nuestro ámbito de vida, nuestras posibilidades de promoción, nuestra carrera, nuestro empleo y desempleo, nuestros trabajos y nuestros días" (Giner, 1987b: 159).

En la conformación del orden constituido la especialidad aflora, puesto que se le orienta a la innovación dentro de los campos de la sociología. No obstante, como decíamos, el ser reflexivo y crítico del sociólogo no se circunscribe a la sola búsqueda de factores válidos y confiables de información o en la puesta en práctica de los métodos y las técnicas de los que se vale, alista sobre su propia conciencia, es decir, se ubica en la relación reflexiva entre su rol y su desempeño propio. Ello da razón a la insistencia de indagar sobre su cotidianidad, dado que en toda administración estructurada

existe una inevitable tendencia a cercenar la autonomía del sociólogo, al menos de dos maneras: transformándolo en un ideólogo del statu quo y un apólogo de su política, o bien en un técnico que actúa instrumentalmente en pro de sus intereses. Reconoce que, a menudo, el statu quo ejerce tales influencias mediante las desiguales recompensas -esencialmente financiamiento de investigaciones, prestigio académico y oportunidades de obtener buenos ingresos- que proporciona de manera selectiva para las actividades académicas aceptables y útiles para él. En cualquier sistema social estable, el mecanismo de control más importante no es el empleo de la fuerza bruta, ni siquiera de otras formas no violentas de castigo, sino su permanente distribución de recompensas mundanas [...]. La estrategia más eficaz con que cuenta cualquier sistema social estable y sus élites hegemónicas para inducir a esa conformidad es hacerla beneficiosa [Gouldner, 1973: 451], tendiendo a su formalización. [2]

En este orden corporativo se pretende, pues, maximizar objetivos de utilidad basados en el costo-beneficio del quehacer sociológico, o en otros términos rutinizarlo (tiempos y movimientos). "La rutina, que es un aspecto indispensable para mantener el orden en todos los sistemas sociales [...] se apoya en el ejercicio de la confianza y la fe recíproca y deber, sin los que [este orden] no podría existir" (Heilbroner, 1990: 167).

III. Orden, quehacer y perspectiva

En otros términos, se está ante un proceso de habituación de roles cuya dinámica se enfila hacia la conformación de nuevas pautas a ejecutar, que inherentemente conlleva la institucionalización, puesto que aquel proceso contiene el germen mismo de su institucionalización.

El proceso de institucionalización "aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. Dicho de otra forma, toda tipificación de esa clase es una institución" (Berger, 1993: 75). La tipificación implica, pues, control sobre acciones sociales recíprocas dadas en determinados ámbitos sociales. En este sentido se

puede inferir que, a través de la tipificación, se orienta el quehacer del sociólogo, si bien los mecanismos de control son secundarios, puesto que, al tenerse como lugar de actividad la universidad, y siendo ésta una institución, cómo tal implica ya control, tipificación de acciones.

Pero no es menos cierto que este carácter secundario de los mecanismos de control incide no sólo en el quehacer sociológico en sí, sino también en la vida cotidiana del sociólogo. Ahora bien, "solamente se requieren mecanismos de control adicionales (secundarios, en primer lugar) cuando los procesos de institucionalización no llegan a cumplirse cabalmente", como lo podrían indicar el incumplimiento del tiempo de trabajo dentro y fuera del aula (pero dentro de la universidad) y la aplicación parcial o no aplicación de los programas de estudio, entre otros. ¿Cómo hacer que el proceso de institucionalización se cumpla? Vinculando las necesidades de institucionalidad con las necesidades cotidianas del sociólogo, crear expectativas de rol. O bien, y en segundo lugar, cuando se pretende readecuar el orden constituido en la universidad, bajo el halo de la globalización, hacia la estandarización de la educación superior. Esta readecuación ha sido introducida a través de una serie de prácticas que enarbolan la participación comunitaria, la evaluación de proyectos y resultados, la proyección de actividades que realizar, el establecimiento y la consolidación de relaciones con otras instancias, que no son más que manifestación transfigurada del proceso de corporativización.

La readecuación del orden constituido quiere decir expansión del orden institucionalizado, en donde se hallan inmersas habituaciones y tipificaciones que interesan a cada uno de los sociólogos, en lo particular, y a la comunidad universitaria en general, pues en él quedan definidas las formas de selección y promoción basadas en los recursos y retribuciones económicas. Y por otro lado, trata de responder al proceso de globalización económica que se ha perfilado, esto es, enfrentar situaciones políticas, económicas y específicas. En este nivel de complejidad

el problema de la educación no podrá tocarse a fondo, es cierto, si no se estudian las alternativas de un modelo global de desarrollo económico y social de las naciones, en que domine la sociedad civil y su Estado regule el mercado para implantar la justicia social con eliminación persistente de la pobreza y extrema pobreza, eliminación que no implique un igualitarismo absoluto, elemental, peligroso para el funcionamiento de sistemas complejos, pero que acabe con el reino aberrante de las desigualdades que hoy tiende a acentuarse [González Casanova, 1993:21].

En este orden de cosas, la investigación sociológica, como ya se ha mencionado, se halla marcada por el tipo de situaciones que tienen que ver con los contornos nacional e internacional, de tal forma que se han redefinido los objetos de estudio así como sus niveles de prehensión.

Cualquier visión de lo que se deba hacer contiene, al mismo tiempo, un propuesta analítica sobre una realidad a ser investigada y un proyecto de historicidad en el sentido de priorización de los procesos de transformación social. En otros términos, la opción por un objeto de estudio es ya una jerarquización que, lejos de ser neutra, está inmersa en múltiples connotaciones éticas y políticas. Por lo menos los grandes temas de investigación, además de tener su trayectoria científica con sus metodologías, aparatos conceptuales e instrumentos teóricos, tienen también su curso político-ideológico [Kowarick, 1992: 22-23].

Si la sociología se encarga del estudio de los procesos, estructuras y fenómenos en donde se efectúan relaciones sociales, es evidente que el abanico de posibilidades de constitución de objetos de investigación se amplía enormemente. De ahí que se hayan

conformado dentro de ella campos de investigación, especialidades sociológicas. Más aún en esta época, cuando, como decíamos, la premisa de modernidad es apoyada en el desarrollo y la aplicación del conocimiento científico y tecnológico, se ha llegado a subrayar la necesidad de establecer relaciones interdisciplinarias por los impactos posibles de ese desarrollo, no sólo en los ámbitos a los que están referidos sino a otros de suyo extraños.

Si queremos dominar las nuevas tecnologías y artes de pensar y conocer -como las computadoras- que se han sumado a las clásicas, también necesitamos reconsiderar nuestras técnicas elementales de pensar y conocer, hacer explícitas las reglas de pensar y conocer que usamos o que no usamos [González Casanova, 1993: 12].

Aunque pareciera contradictorio, este proceso de interdisciplinariedad ha motivado la desespecialización e incluso ha "despersonalizado", en este caso, el quehacer sociológico. Ello es observable en lo cotidiano a través de la conformación de equipos de investigación, en los cuales se interiorizan pautas de conducta con base en roles determinados.

Esta conjugación de experiencias individuales se acompaña de la intromisión de diferentes referentes conceptuales y metodológicos.

En estas circunstancias, cabe preguntarse qué ocurre con el sujeto de la investigación [...]. Si suponemos que la constitución de un objeto de estudio, de una nueva ciencia, o las rupturas históricas dentro de los campos científicos, van acompañados de procesos subjetivos de constitución de la denominada "comunidad científica", deberíamos [formular] al menos [el planteamiento] de que el conjunto de los investigadores [...] está lejos de constituir una comunidad sustantiva, lo que no impide que haya coexistencia, intercambios y eventos de variado tipo [Coraggio, 1992: 147-148].

Ahora bien, también en los campos especializados de la sociología se utilizan instrumentos omnipresentes, como la estadística (captura y ordenación) y, en la actualidad, la informática. Quien no utiliza el tecnolenguaje de los instrumentos recolectores de información se encuentra limitado en su quehacer y en su interrelación social.

En términos generales, se ha llegado a tal grado de especialización que difícilmente el sociólogo, por sí solo, puede desplegar todas sus virtudes, necesita de otros conocimientos formativos o integrarse a equipos acordes a su disciplina o interdisciplinarios, aceptando o no adscripciones generosas (pasar de perverso a converso) (Zaid, 1988: 37). Pero

por muy interdisciplinario que sea nuestro conocimiento, por muy dialéctico y analítico y multidimensional que sea, si lo encapsulamos en unidades que lo dejen prisionero, no nos comprenderemos a nosotros ni a los demás; caeremos en una total ficción, llena de sonidos electrónicos y de furia puritana [González Casanova, 1993: 14-15].

El capacitarse o el integrarse en equipos son indicadores o elementos puntales de la dinámica propia del orden constituido, de la especialización-desespecialización y, cabe mencionar, de las reglas del juego dentro de los mismos equipos: competir productivamente, producir competitivamente.

Dentro de una perspectiva más amplia, cabe mencionar que no sólo por los impactos de la especialización-desespecialización se están vislumbrando los nuevos cauces por donde está transitando el quehacer científico; para ello se hace imprescindible abandonar el

aforismo de la especialización, que descalifica a la investigación relativamente general y aún permanece, al suponerse que sólo por medio de ella se podría tener un conocimiento más certero de la vida social y del lugar que se ocupa en ella, de tal suerte que se dejan al margen las posibles interrelaciones entre distintas disciplinas. Sin embargo, "el gran movimiento de unificación de la ciencia y el conocimiento que se iniciara hacia mediados de siglo no puede ser ignorado" (González Casanova, 1993: 14-15). Dada esta perspectiva, el quehacer sociológico apunta hacia la reflexión y crítica sobre el saber social.

CITAS:

[*] Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] "...en donde la racionalidad preestablecida hace que la acción colectiva quede subsumida y desagregada en racionalidades de cálculo individual" (Pozas Horcasitas, 1993: 4).

[2] La formalización es lo que permite conferir a las prácticas, y especialmente a las prácticas de comunicación y cooperación, esta constancia que asegura la calculabilidad y la previsibilidad por encima de las variaciones individuales y fluctuaciones temporales.

BIBLIOGRAFIA:

Alexander, J. C. (1992), *Las teorías sociológicas*, Gedisa, Barcelona.

Bourdieu, P. (1988), *Cosas dichas*, Gedisa, Argentina.

Coraggio, J. L. (1992), "Pautas para una discusión sobre el futuro de la investigación urbana en América Latina", en *Sociológica*, núm. 18, enero-abril, UAM Azcapotzalco, México.

Giddens, A. (1987), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires.

Giner, S. (1987a), *Ensayos civiles*, Península, Barcelona.

Giner, S. (1987b), *El destino de la libertad*, Espasa-Calpe, Madrid.

González Casanova, P. (1993), "Los desafíos de las ciencias sociales hoy", en *Las ciencias sociales en los años noventa*.

Gouldner, A. (1973), *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires.

Habermas, J. (1989), *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires.

Habermas, J. (1990), *Conocimiento e interés*, Taurus, Buenos Aires.

Heilbroner, R. L. (1990), *La naturaleza y lógica del capitalismo* Península, Barcelona.

Kowarick, L. (1992), "Investigación urbana y sociedad: comentarios sobre nuestra América", en *Sociológica*, núm. 18, enero-abril, UAM Azcapotzalco, México.

Latapí, P. (1993), "El fin de la historia comienza: México definirá con Estados Unidos y Canadá su educación superior", en *Proceso*, núm. 879, 6 de septiembre, México.

Luhmann, N. (1990), *Sociedad y sistemas: la ambición de la teoría*, Paidós-ICE-UAB, Barcelona.

Pozas Horcasitas, R. (coord.) (1993), *Las ciencias sociales en los años noventa*, UNAM, México.

Zaid, G. (1988), *De los libros al poder*, Grijalbo, México.